

Cristián Sahli

¿Te atreverías a ir a Chile?

Una semblanza de
Adolfo Rodríguez Vidal



RIALP

NOTA DEL AUTOR

EN MUY POCAS OCASIONES VI a Adolfo Rodríguez Vidal; solo recuerdo con claridad un rato de conversación junto a otros. Ya se había detectado su enfermedad hacía unos años, de modo que prefería no intervenir si no era interpelado. Pero su presencia impresionaba a quien, como yo —que apenas tenía veinte años—, sabía que había sido el instrumento para que el Opus Dei llegara a Chile.

Casi dos décadas más tarde, en febrero de 2014, también estuvo presente en una tertulia, una sencilla reunión familiar que se acostumbra a tener en los centros del Opus Dei después del almuerzo o la comida, en esta ocasión a través del recuerdo. En ese momento resurgió en mí con fuerza decisiva una idea que me había rondado desde hacía años: llegaba el momento oportuno de escribir su vida.

De inmediato recopilé la documentación que se conservaba en la sede de la Comisión regional del Opus Dei en Chile. Ordené y consulté cada una de las fuentes: documentos de su época de estudiante, cartas de y a su familia,

recuerdos escritos sobre él, y otros manuscritos. Luego acudí al Archivo General de la Prelatura en Roma, donde encontré abundantísimo material que pude trabajar a lo largo del año siguiente. Examiné personalmente miles de cartas escritas o recibidas por él, y otras tantas miles de páginas de los diarios redactados en los diferentes centros del Opus Dei en que vivió; y pude preparar una documentación amplia y detallada, de la que proviene este libro.

Agradezco el valioso aporte de Patricio Astorquiza, quien me ayudó a despejar, en ese bosque de información, el tronco del follaje. Con esa selección pude redactar la semblanza que ahora ofrezco al lector, cuya finalidad se limita a mostrar las virtudes del protagonista y contribuir al mejor conocimiento de la historia del Opus Dei en Chile. He de confesar que hay una identificación tan profunda entre Adolfo Rodríguez Vidal y su vocación a la Obra, que no puede comprenderse su vida separada de la historia del Opus Dei en Chile, y tampoco puede entenderse esa historia sin su vida.

El estilo de este libro se asemeja más a una crónica que a una biografía. Se ha seguido un orden cronológico construido sobre la base de hechos concretos, de sus escritos y de diversos testimonios de quienes lo conocieron de cerca, con la finalidad de centrarse de lleno en el protagonista y su vida.

Para que el relato adquiriese mayor ligereza, evité las notas al pie limitándolas a lo estrictamente necesario.

Por otra parte, debo advertir al lector que existe una gran profusión de nombres a lo largo del escrito. Para facilitar la lectura y no perderse, le aconsejo acudir a las breves biografías que se encuentran al final del libro en el apartado “Re-señas de personas”. También pueden verse allí referencias a “Fuentes” y un brevísimo “Índice de fechas de la vida de Adolfo Rodríguez Vidal”.

Agradezco al anterior prelado del Opus Dei, monseñor Javier Echevarría, el apoyo para llevar adelante esta

investigación: «Que tengas un feliz trabajo», me dijo cuando viajé a Roma en 2014; y mi gratitud se extiende también al actual prelado, monseñor Fernando Ocáriz. Alcanza asimismo a José Miguel Ibáñez Langlois, María José Lecaros y Lillian Calm, por las valiosas sugerencias para mejorar esta obra. Debo agradecer, además, a Speria Cayo, quien me ayudó con eficacia en los aspectos relacionados con la historia de las mujeres del Opus Dei en Chile; a la editora Amelia Allende que revisó el texto final con gran dedicación; y a Javier Rodríguez, sobrino de Adolfo Rodríguez Vidal, que reside en Madrid, por su asistencia permanente.

NIÑEZ Y JUVENTUD

Infancia y raíces familiares

En el Madrid de principios del siglo XX contrajeron matrimonio Rafael Rodríguez Annoni y Mercedes Vidal Planas. Corría el mes de septiembre de 1915. Rafael nació en San Juan de Puerto Rico en el ocaso del siglo anterior y había elegido la profesión militar, como su padre. El joven Rafael se había trasladado a España, a preparar su ingreso en la Academia Militar de Toledo. Allí conoció a Mercedes, interna en un colegio para huérfanos de militares en Aranjuez. Ella había nacido en 1890, en Santa Coloma de Farnés, y también provenía de familia de militares. Estudió Magisterio y obtuvo el título de maestra superior. Era una mujer de gran inteligencia y talento literario.

Al acabar su formación castrense, Rafael se presentó como voluntario a la campaña de África, donde tuvo una valiente actuación que le mereció la Cruz de María Cristina y otras importantes condecoraciones. Después del feliz

acontecimiento de su matrimonio y siendo teniente condecorado de Infantería, fue destinado a Ceuta, donde nació el primogénito, Rafael, el último día de julio de 1916. Más tarde la familia se trasladó a Cataluña y allí vino al mundo Mercedes, nacida en Vich en septiembre de 1918.

Poco tardó en llegar el tercero de los hijos, Adolfo. Por aquel entonces su padre tenía treinta y cuatro años, y era capitán ayudante del regimiento de infantería Almansa número 18, situado cerca de Tarragona. Su madre alcanzaba los treinta. Adolfo nació pasadas las dos de la tarde del 20 de julio de 1920, en Tarragona. Fue bautizado el último día de ese mismo mes, en la parroquia de Santa María de la Catedral, por el capellán castrense Alberto López Polo, del regimiento al que estaba adscrito su padre. Algunos años más tarde, en 1923, nacería el último hijo de la familia: Francisco.

Los Rodríguez Vidal llevaban una vida sencilla e itinerante, debido a los continuos traslados que la profesión militar exigía al cabeza de familia. Mercedes se ocupaba de todos con tesón, y los educaba con fortaleza y afecto. Sin embargo, conseguía tiempo para sus aficiones literarias y más adelante colaboraría durante años en el Diario de Barcelona.

Desde el principio Adolfo estuvo especialmente unido a su hermana, quizás por ser la que le precedía con una diferencia de algo menos de dos años. Se escribieron a lo largo de sus vidas. Juntos hicieron la primera Comunión en Tarragona, el 26 de mayo de 1927, en la capilla del colegio del Sagrado Corazón de las Hermanas Carmelitas. Adolfo también vivió una fraternidad llena de atención y cariño con Rafael y con Francisco, a quien siempre llamaron Paco.

El pequeño Adolfo pasó los años de su infancia en Tarragona. La familia vivía en la calle Puig dels Pallars 6, piso 1º. La vida en aquella ciudad costera fomentó su afición al mar, que tanto influiría en sus inclinaciones y estudios posteriores, al igual que los veranos que los Rodríguez Vidal

pasaban en Torredembarra, a poca distancia de Tarragona. Muchos años más tarde, casi en el ocaso de sus vidas, Mercedes recordaría a su hermano la emoción con que vivía la fiesta de Reyes al comentarle que le gustaría pasar ese día con los sobrinos nietos, «porque vale la pena ver la ilusión de los chiquillos. ¿Te acuerdas de la Cabalgata de Tarragona, que hasta te daba fiebre de lo nervioso que te ponías? ¡Qué infancia más feliz tuvimos!, ¿verdad?».

Primera juventud y estudios secundarios

En 1929 la familia se trasladó a vivir a Barcelona, al Paseo Bonanova 5. Adolfo quedaría impresionado por la capital de Cataluña, que consideraría siempre como la ciudad más completa y bonita que había conocido. Allí fue donde terminó sus estudios primarios, en la Escuela del Parque. Era un buen estudiante que no se limitaba a sus deberes escolares, sino que participaba con gusto en actividades complementarias.

En abril de 1931, su padre había solicitado su baja en el Ejército debido a la Ley de Azaña, también llamada ley del retiro, que provocó que más de siete mil oficiales solicitaran el pase a la reserva en plenitud de sueldo. Pronto descubrió su vocación por la enseñanza y fue contratado en el colegio de los Jesuitas de Barcelona, en Sarriá, lo cual le abrió a Adolfo las puertas del colegio de la Compañía de Jesús. El joven alumno había sido dotado de fina inteligencia y carácter decidido. Era una de esas personas que dominan con igual destreza lo humanista y lo científico, según se desprende de las calificaciones que se conservan.

Cuando los jesuitas fueron expulsados de España, el 23 de enero de 1932, el colegio de Sarriá fue confiscado por la Generalitat de Cataluña y funcionó como escuela pública.

El padre Vigo, con algunos de los jesuitas del colegio que pasaron al clero secular, y otros profesores —entre los que estaba don Rafael—, fundaron la Academia Ramón Llull. Adolfo continuó sus estudios en esa Academia, y se examinó luego por libre en el Instituto Maragall.

El muchacho siguió cultivando sus aficiones orientadas hacia el arte y la cultura, y se ejercitó en la interpretación teatral. Como se ha dicho, su afición a los barcos y al mar estuvo presente desde su infancia. A medida que fue creciendo, esa atracción se volvió más realista y científica.

Cuando cumplió quince años se inscribió en el Club Marítimo de Barcelona. Solo existe un vestigio de que Adolfo, aun con gran inclinación a la ciencia y los barcos, se planteó al final de sus estudios secundarios la posibilidad de dedicar su vida al Derecho. Se trata de una carta escrita el 6 de marzo de 1976 a sus hermanos donde les decía: «¿Recuerdan que en 1936 yo pensaba en ser abogado...?».

La guerra civil

Finalizado el bachillerato en junio de 1936, siguiendo su inclinación profesional, empezó a preparar el ingreso en la Escuela de Ingeniería Naval. Esa decisión suponía separarse de su familia y trasladarse a vivir a la capital de España. Además, afrontar esa carrera profesional requería particular esfuerzo, por el alto grado de exigencia que suponía entrar en las Escuelas especiales, y por la necesidad de superar los temidos exámenes de ingreso. La opción académica que eligió debió suponer un buen sacrificio para su padre, que no gozaba de abundantes ingresos económicos en su condición de profesor de colegio.

Pero esos planes fueron interrumpidos abruptamente por la guerra civil española, que estalló el 17 de julio de 1936.

Pocos días antes, Adolfo, casi con dieciséis años, se había dado de baja del Club Marítimo y se había matriculado en la Escuela Oficial de Náutica de Barcelona, para realizar los cursos de piloto. Pronto tuvo que suspender estos estudios; de hecho, solo realizó un examen, en junio de 1937.

El conflicto fratricida se dejó sentir en la capital catalana con gran virulencia. Como todos, los Rodríguez Vidal pasaron muchas penurias económicas y dificultades de todo tipo. Adolfo refirió en pocas ocasiones recuerdos de ese periodo de su vida; sin embargo, alguna vez definió ese tiempo con una sola palabra: «¡Hambre! Era pensar continuamente en comer algo y solo había lentejas».

Durante la guerra civil, la Academia Ramón Llull fue clausurada. Don Rafael y doña Mercedes pusieron sus servicios para amparar una nueva Academia, la Margenat, gracias a la cual salvaron la vida muchos jesuitas, pues alojaron en su casa a religiosos y sacerdotes como profesores de esa institución. Adolfo continuó en esa Academia su preparación remota para la Escuela de Ingeniería Naval, estudiando especialmente Matemáticas y Física. Aun así, durante aquellos años de conflicto y frecuente suspensión de clases, no pudo avanzar demasiado. En sus tiempos libres leía y escuchaba música.

El 26 de enero de 1939 las tropas nacionales, comandadas por Franco, entraron en la Ciudad Condal. Inmediatamente, Adolfo y Paco quisieron incorporarse al Ejército. Adolfo fue reclutado como voluntario en el Tercio de San Miguel, 5.^a División de Navarra. A su hermano menor no lo admitieron por la edad. Quedaban ya pocos meses de guerra —acabó el 1 de abril—, y es probable que Adolfo no participara en ninguna acción bélica, aunque estuvo presente en las operaciones llevadas a cabo desde Barcelona hasta la frontera, y en las de Toledo. El joven soldado recordaría siempre las interminables marchas a pie de los últimos días

del conflicto. En mayo de 1939 su Compañía se movilizó a Hellín, localidad cercana a Albacete, para celebrar, el 18, el «Día de la Victoria», con un desfile y Misa de campaña.

Adolfo convenció a otros cuatro amigos y, con el consentimiento tácito del comandante, subieron a un camión hasta Albacete, y allí a otro hasta Madrid. El desfile en la capital le impactó; pero no solo interesaban al joven las cuestiones militares. Su temperamento varonil se fijaba en su complemento necesario, como se desprende de las noticias que enviaba a su familia: «A las cinco de la mañana íbamos a La Castellana siguiendo a los grupos de gente que iban a tomar sitio. Había gran cantidad de camisas y boinas masculinas y femeninas (las chicas valen mucho menos que las de Barcelona y aún que las de Hellín)».

El joven soldado sabía disfrutar de los placeres de la vida, pero lo hacía como un buen cristiano. El día final del conflicto bélico, después de una marcha, todos en la Compañía se emborracharon; el único que se mantuvo sobrio fue Adolfo.

Inicio de los estudios universitarios

Poco a poco la vida volvía a la normalidad, aunque gravemente afectada por las privaciones de la guerra. Algunos meses después, el 19 de julio de 1939, un día antes de cumplir sus diecinueve años, Adolfo pidió, desde su destino en Santander, la concesión de «un año de prórroga, a fin de continuar sus estudios interrumpidos desde la incorporación a filas». En la solicitud, el teniente comandante de su Compañía certificó que «Adolfo Rodríguez Vidal pertenece a esta Unidad donde presta sus servicios, observando en él una conducta intachable».

El 10 de septiembre le fue concedida la prórroga, de modo que pudo trasladarse a Barcelona. Aquellos años de guerra y

milicia fueron de gran intensidad espiritual y humana para Adolfo: cincelaron su personalidad, y esculpieron en él una reciedumbre y sobriedad que le acompañarían toda la vida.

Las universidades habían vuelto a abrir. El joven no se tomó descanso y a fin de mes, el 28 de septiembre, se matriculó en la Universidad de Barcelona para examinarse de algunas asignaturas del bachillerato de Ciencias. Había decidido estudiar simultáneamente la carrera universitaria de Ciencias Exactas y la especial de Ingeniería Naval. Quizá veía la necesidad de ser un apoyo para la escasa economía familiar, o una salida alternativa a la difícil apuesta por una de las profesiones de ingreso más arriesgado.

Pasó el fin de año y los primeros meses de 1940 en Barcelona, donde realizó diversos exámenes en la Facultad de Ciencias y alcanzó buenas calificaciones. Pero llegaba el momento de trasladarse a Madrid para la preparación inmediata a los exámenes de ingreso a la Escuela de Navales.

Madrid

Llegó a la capital española el 11 de abril de 1940. Preparar el ingreso a las Escuelas especiales era una ardua tarea y había que hacerlo con la ayuda de alguna Academia. Se trataba de superar dos grupos de asignaturas; todas ellas eran difíciles y cada grupo debía aprobarse en la misma convocatoria. En caso de no llegar al nivel exigido, los candidatos debían esperar un año: era todo o nada.

El joven universitario venía con el ardor propio de quien inicia sus estudios. En la primera Academia a la que acudió, le recomendaron que no se aventurara a preparar dos grupos de Navales para octubre porque eran dieciocho asignaturas. En cambio, les pareció muy bien que hiciera simultáneamente el segundo curso de Ciencias Exactas.

A pesar de ser un recién llegado, Adolfo se movía ya con soltura y seguridad en el ambiente académico de la capital española, y fue en busca de nuevas alternativas de lugares donde comenzar sus estudios. En esas pocas horas en Madrid definió lo necesario para empezar su aventura universitaria y, además, se enteró de la demanda y de los sueldos que recibían los ingenieros navales durante sus primeros años de ejercicio profesional. También realizó algunas visitas de cortesía a personas relacionadas con el mundo naval que podrían ayudarle, y estableció sus primeros contactos.

La Academia preparatoria Placos era un poco más cara y las clases comenzaban quince días más tarde. En la Academia Krahe, sin embargo, ya se habían iniciado. Adolfo se inclinó por la primera, porque le aseguraba mayor nivel científico y pedagógico: sería una decisión providencial.

Aprovechando las ventajas que daba la nueva distribución de cursos abreviados por la guerra, que otorgaba la oportunidad de estudiar durante el verano, se matriculó los primeros días de julio en la Facultad de Ciencias de la Universidad Central, para examinarse a finales de ese mismo mes. En adelante, alternaría algunos exámenes en Barcelona, a finales de septiembre de los años siguientes, y en Madrid.